

LA IBERIA MUSICAL Y LITERARIA.

este periódico sale todos los jueves y domingos; da en los meses de invierno un concierto á los suscritores de Madrid y mensualmente tres secciones de música; los números sueltos á real.

CANTO ESPAÑOL, CANTO ITALIANO, Y PIANO.—La música se vende al precio marcado en cada pieza.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Madrid.	Provincias.	Estranjero.
Periódico solo con billete personal para los conciertos, y sin opcion á la seccion de música.	8 reales un mes. 26 id. trimestre. 36 id. semestre. 70 id. un año.	10 reales un mes. 26 id. trimestre. 36 id. semestre. 80 id. un año.	100 reales por un año.
Periódico con billete personal para los conciertos y con opcion á una de las tres secciones.	12 reales un mes. 30 id. trimestre. 54 id. semestre. 100 id. un año.	14 reales un mes. 40 id. trimestre. 76 id. semestre. 140 id. un año.	160 reales por un año.

NOTA. El aumento de cualquiera seccion de música, aunque se tomen todas estas, es el de 4 reales al mes por seccion en Madrid, y 6 por id. en las provincias

SUMARIO.—De la instrumentacion, por J. E. y Guillen.—Teatro del Circo. (La mutta di Portici), por J. E. y Guillen.—El baile, (tercer articulo), por Teodoro Guerrero.—Diez años despues (continuacion), por José Gelaber y Hore.—Crónica nacional.

ADVERTENCIAS.

Habiendo cesado el convenio celebrado por el director de este periódico y los señores Uzal y Aguirre, vuelve á encargarse esta redaccion de la parte administrativa del periódico, como estaba antes.

El domingo próximo se repartirán las entregas de música: esperando que nuestros constantes suscritores dispensen una falta irremediable por parte de nuestra redaccion.

DE LA INSTRUMENTACION. (1)

I.



Ninguna época de la música se ha dado tanta importancia á la instrumentacion como hoy dia; la razon debe ser sin duda, que la instrumentacion ha recibido en nuestros últimos tiempos un empleo enteramente desconocido en las obras antiguas, siendo ya un ramo importante del arte; asi es, que á este descubrimiento se debe el que los críticos de todas clases y opiniones artisticas, escriban con detencion, con razon ó sin ella, con conocimientos científicos ó sin ellos, todo cuanto se les antoja hasta examinar mi-

(1) Este excelente trabajo es debido á la pluma del aventajado compositor francés Mr. Berlioz quien acaba de publicar un excelente tratado de instrumentacion.

nuciosamente la obra prima de un principiante.

En el dia no se puede apreciar debidamente el arte de instrumentar, que tan ignorado ha estado en el último siglo; pues hace sesenta años muchos ingenios aventajados, que eran considerados como el prototipo del saber, impidieron que el arte de instrumentar tomase vuelo, por aquello de oponerse por sistema á toda innovacion. Todos los dias se daban las mismas reglas para instrumentar, sin cuidarse de adelantar un paso, ni de sacar partido de un ramo tan vital para dar animacion y colorido al pensamiento creador del compositor. No teniendo por instruccion en música sino las armonías consonantes, cuando Monteverde intentó usar la disonancia de sétima sobre la dominante, la reprobacion universal de los compositores de su tiempo, las amenazas ó injurias que diariamente le dirigian, no dejaron de contrariar semejante innovacion en la armonía. Pero la disonancia de sétima, una vez admitida, á pesar de todas las opiniones que pueda haber en contra, no es otra cosa que una disonancia suspendida ó retardada; rechazando muchas personas que se llaman y pasan por sabias, toda composicion donde la armonía esté simplificada aunque sea dulce, clara, sonora, natural, aferrándose aquellos en su sistema de no admitir mas armonías que las que estén acerbilladas de acordes de segunda mayor ó menor; de séptimas, de novenas, de quinta y cuarta, empleadas sin razon ni intencion alguna, á menos que no se suponga á este estilo armónico, que reúne todas las cualidades posibles para desagradar al oido. Estos mismos hombres tenian tanta aficion á las suspensiones disonantes, como ciertos animalitos tienen un gusto exquisito por las plantas picantes ó los arlustos espinosos. He aqui en dos palabras la exajeracion de la reaccion.

La melodía no se empleaba nunca en

las bellisimas combinaciones de la música antigua: cuando apareció, se creyó que seria la ruina del arte, que acabaria por hacer olvidar las reglas sagradas de este etc. etc.; todo se dió por perdido, no quedó tan siquiera ni un resto de esperanza. La melodía se instaló entretanto. La reaccion melódica no se hizo sentir en su principio; porque, lo que sucede con toda innovacion en las artes, habia melodistas tan fanáticos, que no se podia escuchar un motivo á tres partes; todas las composiciones de este género eran insoportables. Unos querian que en la mayor parte de sus composiciones el canto fuese acompañado de un bajo solo, dejando al auditorio el placer de adivinar las notas complementarias de los acordes. Otros caminaban mas lejos, pues jamás querian servirse del acompañamiento, y Rousseau pretendia que la armonía era una invencion bárbara. (Véanse nuestros artículos de la Iberia que tratan de la armonía.)

La vuelta de las modulaciones llegó. En época en que no se usaba modular mas que en los tonos relativos, el primero que se atrevió á pasar la valla usando modulaciones estrañas fue escarnecido; debiendo ser escuchado. Para juzgar el efecto de esta innovacion no hay mas que decir sino que todos los maestros se conjuraron y anatematizaron las composiciones del innovador; el cual dijo, y dijo bien: «Escuchad atentos mis melodías: ved como están dulcemente amenizadas, bien motivadas, perfectamente ligadas con las frases que preceden y que siguen; como ella resuena y la escucha deliciosamente el oido.—No se debe dar un paso adelante, le respondieron; y no debe usarse!»

Pero como si se fuese á contradecir el no se puede dar un paso adelante, en tolo y por todo, no tardaron en aparecer las modulaciones no relativas, usándose en las grandes composiciones musi-

cales, adornando al pensamiento, presentándolo revestido de impresiones tan bellas como inesperadas. También de esto nació un nuevo género de pedantismo; se vieron jénios que se creían deshonrados si modulaban en la dominante, y que tenían un empeño agradable en pasar en la modulación de un *rondó*, desde el tono de *do* natural, al de *fa* sostenido.

El tiempo ha venido á dejar cada cosa en su lugar.

Se ha distinguido el abuso del uso, la variedad reaccionaria de la tontería ó preocupación, y bien se puede discernir hoy día lo que es bueno y produce excelentes efectos en la armonía, la melodía y las modulaciones, diciendo *esto es bueno*, y lo que produce el efecto contrario, decir *esto es malo*, aunque la antigua autoridad de cien viejos aferrados en su sistemática y oscura oposición contraríen la marcha del progreso, pues que ellos jamás supieron dar razón de por qué era bueno *lo bueno*, ni por qué era malo *lo malo*.

En cuanto á la instrumentación, á la expresión y al ritmo, es ya asunto distinto. Todos estos elementos han ido apareciendo simultáneamente, unos se han admitido en la práctica, otros no, y con mas ó menos exajeración han sido adoptados al *libitum* por los compositores modernos, según las exigencias de estos. Por ahora diremos solamente que la instrumentación marcha á la cabeza, y á donde pueden caer algunas exajeraciones.

Se necesita mucho tiempo para descubrir los mediterráneos musicales, y mucho mas todavía para aprender á navegar en ellos. Pero concretándonos á lo presente, podremos dar algunas nociones acerca del arte de instrumentar.

Todo cuerpo sonoro puesto en práctica por el compositor, es un instrumento de música. De aquí la división siguiente de los medios que se pueden disponer en la actualidad:

DE INSTRUMENTOS DE CUERDA.

Picados, (las arpas, guitarras, mandolinas, luts): golpeados por los martilletes (los pianos): puestos en vibración por los arcos (los violines, violas, violoncellos, bajos, contrabajos, violas de amor).

DE INSTRUMENTOS DE VIENTO.

De caña ó lengüeta, (los oboes, corno inglés, fagotes, contrafagotes, clarinetes, trompa de Basset): sin caña ó lengüeta, (las flautas, grandes y pequeñas, los caramillos) con embocadura de cobre, (las trompas, trompetas, cornetas, cornetines, trombones, figles, figles-monstruos): el órgano; las voces de hombre, de muger, de niño, de soprano.

DE INSTRUMENTOS DE PERCUSION.

De una tonalidad fija y apreciable, (los timbales, las campanas): de una tonalidad inapreciable y producida solamente por los diversos ruidos que la caracterizan, (los tambores, bombos, timbales, triángulos, bronces, y campanas chinas).

La aplicación de estos diversos elementos sonoros, bien sea para dar un colorido mas vivo á la melodía, la armonía y el ritmo, ó para producir impresiones *sui generis* (motivada ó no por una intención expresiva), independientes de todo concurso de las otras potencias musicales, constituye el arte de la instrumentación.

Creemos haber dicho anteriormente que este arte se aprende también, teniendo una imaginación viva, para inventar cantos graciosos, bellas sucesiones de acordes y formas rítmicas originales y poderosas. No se pueden marcar los resultados generales obtenidos por ciertas circunstancias dadas, pues esto es peculiar del compositor que quiera reproducir sus obras, modificándolas de mil maneras bien sea en bien ó en mal. Aquí, solo fijaremos algunas observaciones para evitar el mal uso que puede hacerse del empleo de los diversos instrumentos de que se compone una orquesta.

(Se continuará.)

J. E. Y GUILLEN.

TEATRO DE LA CRUZ.

LA MUTTA DI PORTICI.

ópera en cinco actos del maestro Auber.



Se ha inaugurado la compañía lírica del teatro de la Cruz, con la excelente partición de la *Mutta*, que tantos aplausos obtuvo cuando apareció en 1835 ejecutada por el tenor Ronzi y demás colegas que componían la compañía lírica de aquella época.

La *Mutta* es una célebre composición francesa, y por lo tanto está muy al alcance del público de Madrid, aunque está muy acostumbrado á oír música italiana. Decimos esto, porque es preciso que para poner una ópera en escena, se tenga en cuenta, lo primero; la clase de escuela á que pertenece, y la educación ó gusto musical del público á cuyo fallo se somete; á mas, de que las facultades de los artistas que lo ejecuten, se adopten perfectamente al feliz desempeño del *partito*.

No basta decir: *esta ópera es buena: hará grande efecto*: es preciso antes de confiar en tales pronósticos, medir las fuerzas ejecutivas, y reflexionar maduramente en el efecto calculado del éxito que pueda obtener. Hé aquí la filosofía de un director de ópe-

ra, y en el teatro de la Cruz faltan ambas condiciones. En su consecuencia; la ópera de la *Mutta* ha estado mal repartida, y algunos cantantes han tenido que ser víctimas de quien ha cometido tan solemne falta. Nos explicaremos con datos.

Sínico (*Masaniello*), desempeñó regularmente la parte que le estuvo confiada, pero no es de su cuerda, porque el papel de *Masaniello* es un papel de fuerza, de vigor, de una declamación franca y animadísima de un jefe de conspirados. Sínico es excelente artista para los papeles de sentimiento, de canto *largo* y expresivo, pero no para el canto de vigor, ni para usar continuamente la voz de pecho. No somos aduladores en el arte, y por lo tanto diremos al señor Sínico, que si da en cantar óperas de fuerza, se arruinará en poco tiempo, perdiendo el hermoso registro de falsete que posee, y del cual le han separado algunos ignorantes consejeros: no basta alcanzar unos pocos aplausos en una ópera, es preciso dejar buena memoria de su ejecución.

La señora Campos cantó un papel que no es ni de su categoría ni de su cuerda, por lo tanto nos reservamos el juzgarla en otra ópera.

Alba, carece de notas medias y graves para el desempeño de la parte de *Pietro*, y notamos con disgusto, que en vez de cantar con escuela, desafinó extraordinariamente, esforzándose en las notas agudas de su voz, cosa que produjo malos resultados, así como la parte de declamación la exajeró demasiado, quitando con sus continuos gritos el efecto de la magnífica plegaria *final* del segundo acto.

Carrión es un joven *debutante*, que con mas aplomo en la escena y estudiando mas el arte del canto, podrá adelantar algo en tan difícil carrera.

El papel de Fenela (*Mutta*) confiado á la señora Latour, careció de la verdad propia que debe caracterizar á la hermana desgraciada de *Masaniello*, pero podemos decir que la parte expresiva no estuvo al alcance del público.

El baile fue de lo mas malo que hemos visto en Madrid, teniendo que retirarse los bailarines sin que el público les permitiese acabarlo.

Los coros estuvieron poco compactos, desiguales y desafinados.

La orquesta dirigida por el señor Carnicer, dejó mucho que desear, y notamos faltas de la dirección bastante significativas, que no las comete un principiante.

Las decoraciones no hubo mas que la *vista del puerto de Nápoles*, que fuese regular, habiéndose hecho mutaciones de escena con los personajes á la vista, cosa que desagradó mucho, y que no se hace en Chamberí.

La escena estuvo mal ensayada, pues los coros y comparsas no sabían donde colocarse. También se suprimió el dúo de *tenor y tiple* del tercer acto.

Esperamos que si esta empresa no quiere caer en el ridículo, sino quieren acreditarse los artistas que la componen, tengan mucho esmero en presentar los espectáculos, distribuyendo oportunamente los papeles, para tener mas acierto en lo sucesivo. Atiendan que tienen una empresa rival, de poderosos elementos, de recursos vitales de gran valía, cual es la del Circo, y para competir con esta, se necesita algo mas que deseos, y no fiarse de adulaciones serviles, sino de trabajar con fruto para adquirirse gloria y estimación.

J. ESPIN Y GUILLEN.

EL BAILE.

III.

La plebe.



El baile mejor es aquel en que se encuentra reunida la plebe, pues se goza una verdadera libertad, sin coquetería, sin mentiras, y sobre todo por la confianza que reina en él, sin el reflejo aristocrático, que solo puede deslumbrar á las cabezas vacías. No hace muchos días que asistí á un baile de academia, ó sea academia de baile, que pienso describir, puesto que pertenece á la misión de que me he encargado.

Domingo ó día de fiesta era cuando me dispuse con otro amigo á asistir á este baile, y luego que dieron las seis nos dirigimos á la citada academia, pensando divertimos, pues era la idea que nos llevaba á semejante parte. La entrada no era de lo mejor, pero seguimos sin hacer caso, porque íbamos decididos á bailar: salíonos al encuentro una mujer anfibia, y digo que era mujer, porque despues pude cerciorarme, fijándome en su papalina-enciclopedia, que verdaderamente era lo mas raro que en mi vida he visto. Reímosnos de aquel estafermo, y al pagar los dos reales (precio marcado en los periódicos del día) nos dijo la susodicha que no podíamos pasar, porque íbamos de trueno. Y todo esto sin dejar de acariciar su gato. No nos extrañó la palabra trueno, pues sin duda el estar regularmente vestidos le infundía aquel temor. Hablé con Mr. J., director del baile, y mandó á su cara consorte que nos dejara pasar, y penetramos en el salon (asi le llamaban) donde nos quedamos estupefactos. Preciso será describirle, para que se hagan cargo sobre poco mas ó menos de su interior.

El salon era una ex-cuadra: es decir, que en otros tiempos habia sido cuadra para animales, sirviendo ahora de estrado de baile para hombres que pueden á veces competir con aquellos. El piso era de tabla, y alrededor de la sala habia una fila de banquetas... de pino, y encima, perchas para capas y sombreros, que formaban un dosel al que debajo se sentaba. En medio de la cuadra (del salon quise decir), se veían dos puntales, haciendo las veces de columnas, que creo eran de orden gótico, pues se les movían los pies, puede ser que de gótica: entre puntal y puntal habia dos tablas horizontalmente clavadas, constituyendo el asiento de la orquesta, que se componia de dos músicos; eso sí, para que todo fuese extraordinario, era uno muy bajo y gordo, ocupando casi toda la tabla, y en el pequeño hueco que quedaba, se distinguía al otro Paganini, delgado y tan alto que casi tropezaba la cabeza con el techo, bien bajo por cierto.

El alumbrado era de sebo superior, exhalando un perfume que encantaba. Sin duda, para que se vieran las parejas al valsar, lucían dos cornucopias, resto del siglo pasado, colocadas en frente una de otra y verticalmente: de modo que parecia esperaban orden superior para embestirse, haciendo un pronunciamiento en el salon. Sobre todo, lo que mas me admiró fue un gran cuadro, con su correspondiente marco

de vergonzante nogal, en el que lei artículos originales, de los cuales pienso trasladar aqui algunos.

Primero, estaba el diploma de Mr. J., bailarín distinguido (porque él se daba este dictado, como todos los distinguidos) y marcaba los precios de enseñanza y el tiempo necesario para aprender. Despues advertia que no se faltara al decoro de aquella culta sociedad. No debían salir en el vals muchas parejas, pues asi se evitaban encuentros: aun ignoro qué encuentros podria uno tener allí sin buscarlos, y en todo caso no habia mas que anunciar en los periódicos: «El que haya tenido un encuentro en casa de Mr. J., se servirá entregarlo en tal parte,» y todo quedaba arreglado.

Allí no se bailaba mas que vals y rigodon, pues tambien sabian las exigencias de las modas parisienses: esto no impedía que si todos se empeñaban, se infringiese este artículo de la Constitución de Mr. J., alegándole que el pueblo lo pedia. Entonces se bailaba alguna galop á galope, sin duda para tributar un recuerdo á los antiguos moradores de aquel salon-cuadra. Despues se aconsejaba que aprendiesen los concurrentes los cuatro vales que Mr. J. sabia con perfeccion. Tales eran: vals general, vals ruso, vals salteado y vals loco; este fue el que mas llamó mi atención, porque me parecia imposible que los locos valsasen, á no ser que Mr. J. lo fuese, poseyendo esa habilidad. Propúsele que me lo hiciera ver, y quedé admirado: era un baile entre africano y grotesco; en fin, digna invencion del director. El último artículo se reducía á advertir que no se fumara en el salon y que tampoco se alborotase, pues perdería la entrada el que tal hiciese. Este artículo fue destruido completamente, sin hacer caso de amenazas prescritas... por el director.

Era este un hombre.... sí, un hombre, con grandes patillas y vestido á lo Napoleón, con un traje, que nunca usó el tal sujeto, pero él lo decia y bastaba. Su lenguaje era medio francés, medio español... pero no pienso pintar la figura estrambótica de Mr. J., que materia daba para llenar algunos pliegos, y dejémosle que dé órdenes para mandar que rompa la orquesta y avisar á los caballeros que conviden á las señoras, dirigiendo en persona la maniobra.

Cada cual se acerca (como en todas partes) á la que mejor le parece, y si no sabe bailar *está comprometida*, tiene que acudir á otra, hasta que encuentre quien acepte su compañía. La dama, antes de bailar, deja los guantes, el pañuelo y el abanico á alguna que no baila, porque le esterban.

Las parejas se acomodan en el rigodon debajo de unos números pintados en el techo con almazarrón, desde el uno hasta el doce, que eran las parejas que debían formar una tanda, de las dos que cabían en la sala, y siempre disputan por estar de cabecera: un jovencito, horterero por excelencia, grita:

—Caballero, tengo el número cuarto; échese V. para allá.

—Pues yo quiero estar en el sexto, dice una doncella... de labor, se entiende.

Y por darla gusto tiene el galán que entrar en el sexto, aunque entable una cuestion, que debe concluir con dos ó tres raciones de puntapiés y bofetones por mayor, de los que participan los ciudadanos que rodean á los combatientes, hasta que son echados á la calle ignominiosamente, segun el artículo último.

Empieza por fin el baile, y yo, sentándome (porque no quise bailar), observé aquel cuadro. ¡Qué animación! ¡Cuántas palabras demasiado verdaderas! Allí no se mentía, pero menudeaban los disparates y se hablaba perfectamente en español. Los galanes eran hortereros (esta es su aristocracia) y demas habitantes de tiendas, con *frac de pistón* y guante oscuro, si le llevan. Las damas, con corpiños de pana y falda de percal, son de toda clase de mujeres, desde la criada para abajo, que es bastante decir. ¡Qué noche de alegría para esta juventud ilustrada! Gozan y se regocijan, porque sacan partido de todo, pensando en el próximo día de fiesta, que son de los que pueden disponer. Los dandys horteriles regalan á las damas pequeños cartuchos de anises, que mediante diez y seis maravendises de vellón habian comprado en el *ambigú*, que se halla abastecido con estos cartuchos, aguardiente cristiano (para evitar que dejen de serlo los mancebos) y de agua pura, guardado todo en un armario que pedia destruccion.

Ellos exigen citas (con miras muy sanas, se entiende) y ellas, sin querer, admiten, por no ser descorteses... pero de ningún modo pienso enterarme del resultado de estas citas y sigo viendo á aquel grupo que al son de los violines ó de algun contrabajo que *con-trabajo* toca, se entusiasma sin hacer caso de la música. Allí, las manos pueden apretarse sin cuidado, pues el pudor no esquiva los dedos, y siempre agarran bien la mano, para que no se caiga la pareja, en un traspies de aquel ajitado baile.

Concluye el rigodon y empieza el vals que mas le place al director, de su repertorio, gozando de las pisadas de ordenanza y de los tropezones meditados para caer con alguna huri de cocina ó una siltide de mostrador, que no siente mucho el golpe, porque no ha caído sola: nada de disculpas, pues allí reina una confianza sin límites!

Por lo regular, la juventud mas entusiasta, corea los trozos destruidos por la orquesta, desde los del *SUBLIME* Rossini, hasta los del *INMORTAL* Iradier, *parodiando* tambien los vales de Strauss, que si él los oyera, se moria de horror, pues nunca padece tanto un artista como cuando oye echar á perder sus producciones.

—Señores, el domingo hay academia, dice en voz alta Mr. J. despues de haber visto que su reló-caldera apunta las diez.

—Bueno, contestan todos.

Esta es la señal de disolucion y los mas prudentes se envuelven en sus capas y se lanzan á la calle, acompañando á sus familias ó á aquella que se digna admitir su brazo. No quise abandonar aquel recinto, hasta lo último, para gozar enteramente de los encantos de tan amena sociedad y vi á varios jóvenes decentes que *apoderados de la situacion*, alborotaban porque continuara, amenazando á Mr. J. que gritaba mas que ninguno, sin que pudieran entenderse unos á otros. Alguno perdía por su gusto un sombrero estropeado, echando mano al mejor que encontraba y el verdadero dueño de este, tenia que bajar la cabeza y callar, porque no podia resistir á tan notable mayoría.

Sali, no sin aprovechar el tiempo pues me habia dado idea aquel baile para este artículo (que allá se van) y aconsejaria á todos que echasen una noche á perros, asistiendo a casa de Mr. J. que no les pesaria, y para concluir con tanto baile me despido, como atento y seguro servidor (mio) que nada quiere besar á los lectores.

TEODORO GUERRERO.

DIEZ AÑOS DESPUES.

(CONTINUACION.)

I.



EL campo al través cruzaron ambos jóvenes el terreno que hay desde la salida de la puerta de Roma hasta las orillas del río, y después de haber contemplado la hermosa perspectiva que ofrece la *tabla pintora*, ancha sábana de agua á donde vienen á reunirse los tres ramales en que se parte el Henares en la presa del *molino de la isla*, cuyos fértiles campos baña, atravesaron el puente y comenzaron á trepar la *cuesta Zulema*, deteniéndose en cada uno de sus recodos para recrear sus ojos en los variados paisajes que se divisaban, ó medir la profundidad de los precipicios abiertos al borde mismo de la *cuesta*, y en cuyo fondo todavía se conservaban algunos charcos de las aguas llovendizas que con furiosa impetuosidad se desprenden por las escarpadas vertientes de los montes, en los grandes aguaceros del invierno.

Insensiblemente subieron hasta la punta del *Ecce-homo*, y se sentaron en un enorme peñasco negro.

—¡Otro año pasado, Carlos! exclamó Julian dirigiéndose á su compañero: y su fisonomía se contrajo dolorosamente; después continuó:

—Y sin embargo de lo sensible que será nuestra separación, ansiamos concluir nuestra carrera!

—¿Tan débil es nuestra amistad, contestóle Carlos, que vaya á romperla una ausencia momentánea?

—Si fuera momentánea, ciertamente que no: pero ¿podemos prever el porvenir?

—Eres sobradamente desconfiado, Julian.

—Tal vez lo sea, replicóle este meneando tristemente la cabeza: luego prosiguió con una voz conmovida:

—Dentro de algunos años, cuando hayamos obtenido la *licenciatura* en nuestras *facultades*, tú volverás á la corte y abogado ya, engolfado en los litigios ó vistiendo la toga, llenarán tanto tu alma el ruido de los negocios, la brillante sociedad en que vas á vivir, y la honrosa ambición de conquistar un nombre respetable y una posición independiente, que no habrá en ella cabida para el pobre cura que arrastrará los cansados días de su vida, olvidado en una miserable aldea, ahogando dentro de su pecho esas emociones del corazón, esas inspiraciones del alma que tú podrás dejar correr libremente, y que sembrarán de flores el sendero de tu vida.

—Te perdono la ofensa, replicóle Carlos, en gracia de la causa que te inspira tan sobrada desconfianza. Ya sabes que mis labios jamás han mentido, y por la centésima vez vuelvo á repetirte, que siempre ocupará en mi corazón un lugar preferente el amigo de mi juventud, el compañero de mis estudios y de mis placeres. No lo dudes, Julian, nuestra amistad será eterna!

Ambos estudiantes se abrazaron, y sus lágrimas corrieron á la par que volvieron á jurarse una amistad indisoluble.

Desprendióse Carlos de los brazos de Julian, é hizo reparar á este en la magnífica escena que se desplegaba á su vista.

—¿Ves qué sublime y magestuosa es la postura del sol en estas tardes tranquilas y sosegadas? Las últimas llamaradas de ese astro pronto á ocultarse, iluminan de mil matices las transparentes nubes que rodean su disco moribundo, y sus postreros rayos reflejan en las velutas de los campanarios y en las cimas de los montes, chispeando como si fueran una luz rojiza.

Y así era en efecto: habíase puesto el sol con ese imponente y grandioso aparato que tanto engrandece su ocaso. Algunos minutos después de su postura, semejaba todavía el poniente una estensa hoguera, cuyas oscilantes llamaradas luchaban para morir.

—¡Hé ahí nuestra vida, Carlos! exclamó Julian apartando sus ojos de aquel punto luminoso. Como ese disco, hace poco tan brillante, tenemos nuestra aurora, nuestro zenit y nuestro ocaso.

—Y felices si al llegar al último, añadió Carlos, queda en pos de nosotros alguna huella que recuerde nuestra vida, así como recuerdan siempre la del sol esas campiñas fecundizadas por su lumbre!

Siguió después el crepúsculo de la tarde, esa especie de término medio entre el día y la noche, en que para apoderarse del mundo luchan la luz y las tinieblas; y con él esa brisa perfumada que juguetea con las flores, robándoles el jugo aromático de su cáliz, y que meciendo las flexibles ramas de los árboles, semeja en las silenciosas horas de la noche suavísimos suspiros escapados á las solitarias alamedas.

El tañido de las campanas tocando á la oración, hizoles reconcentrar dentro de sí mismos, y enderezar al cielo su espíritu. Estas misteriosas vibraciones del metal, destinadas á llamar hacia Dios á todos los fieles, adquieren en la soledad de los campos un eco tan sublime como consolador, y ejercen en el ánimo un efecto sorprendente.

Carlos y Julian se quitaron el sombrero y rezaron el *Ave María*.

Después bajaron la *cuesta* cojidos del brazo, y cuando entraron en la modesta habitación en que vivían, dieron las doce en el reloj de la *magistral*.

Descansaron un rato de su paseo, y en seguida se pusieron á estudiar. Tomó Carlos el *Sala*, y Julian la *Suma de santo Tomás*, y mientras el primero se empapaba en las doctrinas del *derecho pátrio*, engolfábase el segundo en las metafísicas cuestiones de la *teología*.

Abriéronse los exámenes en los primeros días de junio, y nuestros dos estudiantes obtuvieron la nota de *sobresalientes*; pero el placer que en su alma causó este triunfo literario, vióse amenazado con la tristísima idea de su separación, que al cabo de una semana se verificó, en medio de sus ardientes protestas de amistad, y después de haberse ofrecido mutuamente correspondencia epistolar para no interrumpir durante las vacaciones de verano sus amistosas relaciones.

Carlos tomó la diligencia de Madrid, y Julian se encaminó hacia su pueblo triste y pensativo.

(Se continuará.)

JOSÉ GELABER Y HORE.

CRÓNICA NACIONAL.

Hoy se ejecutará en el teatro del Circo, la ópera *Roberto Devreux*, en la cual hará su debut el señor Confortini.

—Se han repartido para ejecución á la mayor brevedad en el mismo teatro *La Favorita*, la *Mutta di Portici* y el *Belisario*; y en la parte de baile también se disponen varias novedades.

—Para el mismo teatro ha escrito el señor Olona una pieza en un acto titulada: *La tienda de D. Sancho*. También debe estrenarse igualmente una comedia del señor Breton, con el título de: *Cuidado con los amigos*, y otra arreglada del francés, titulada: *El marido de la bailarina*.

—La segunda representación de la *Mutta* ha sido fría y ha gustado tan poco como la primera: el baile se suprimió, y esto merece un aplauso.

—El teatro de moda, y sin contradicción el mas elegante, cómodo y desahogado que hay en Madrid, es el del Circo; añádase á esto el lujo con que se presentan los espectáculos, y se verá que para competir cualquiera de los otros, tienen que gastar mas y lucir menos.

—Habiendo extrañado muchos el que don Ramon Carnicer se colocase debajo y á la izquierda del primer violín de la orquesta, y que llevaba el compás dando capriotes en el papel con las manos... sin guantes: dijo uno que observaba lo mismo desde la luneta: es que la economía va siempre unida al arte y á la elegancia.

—En la ópera del Príncipe y la Cruz hay dos maestros y dos directores de orquesta: esto quiere decir que Don Ramon tiene que sostener á los otros dos.

—En el Conservatorio de música hace dos meses que se han tirado los programas del segundo acto de la *Cariea*... luego se ejecutará la función; no corre prisa, habiendo mas de cien nombres inscritos en el programa.

—¿Y las oposiciones á las *super-nu*?..... Chiiuuuu!!!!!!

—Deseamos que la empresa del Circo ponga en escena comedias originales de jóvenes de talento, sin que sea exclusiva por los nombres.

A NUESTROS LECTORES.

Hemos recibido á última hora un comunicado, firmado á nombre de la empresa del teatro de la Cruz por un tal José de Angelo, que por estar en prensa ya el número no ha tenido lugar su inserción; pero al número próximo tendremos el placer de insertarlo, con las notas que nos parezcan, para mas claridad de nuestros lectores.

Director y redactor principal — JOAQUIN ESPIN.

Imprenta de Uzal y Aguirre.

Se admiten suscripciones á este periódico, en Madrid en la Imprenta de la Amistad, calle de Jardines, número 16; en todos los almacenes de música: en la librería de Déné e Hidalgo, y en el almacén de pianos de Larru, calle de Puencarral, número 27. En las principales librerías del reino, y tomando una libranza en cualquier administración ó estafeta de correos á favor del director de la *Iberia musical y literaria*, calle de la Madera, número 44, cuarto 2.º